

Pioneros de la Región Chaqueña

La cena transcurrió singularmente silenciosa. Alrededor de la gran mesa, los diez hijos comían calladitos y se miraban con disimulo como preguntando: "¿Qué le pasará a papá? ¿Qué disgusto habrá tenido?" La madre, sabia y prudente, servía a todos en silencio y estaba atenta para que el esposo tuviera todo al alcance de la mano. ¿Cómo no iban a estar, más que curiosos, preocupados? ¡Con las cosas terribles que se rumoreaban!

Cuando el padre regresaba del pueblo de Morón, distante unas seis leguas (30 kilómetros), adonde por lo general iba semanalmente a cumplir distintas diligencias y negocios propios de un ganadero, él, que por naturaleza era jovial y sociable, tenía siempre incidentes o noticias interesantes que contar, y aunque, por hábito o norma, tanto el relato como los comentarios iban dirigidos a la esposa, los hijos disfrutaban enormemente de su conversación.

Pero esa noche llegó más temprano que de costumbre, entregó el caballo al peón para que lo desensillara y atendiera y saludó a su esposa con el clásico título con que siempre la trataba: "Buenas noches, 'señora'", pero sin sonreír, contestando apenas el saludo alegre de las criaturas. Se lavó las manos y fue a ocupar su lugar en la cabecera de la mesa. La madre, que ya presentía algo desagradable, dio gracias a Dios por los alimentos, y todos empezaron a comer sin decir esta boca es mía. Los hijos también presentían algo. . .

¿Por qué? Porque toda esa región chaqueña estaba viviendo días de terror. Había una banda, y muy posiblemente más de una, de maleantes o "gauchos malos", que indiscutiblemente obedecían órdenes e instrucciones de un jefe a quien la gente conocía en esa extensa región, tanto en las poblaciones como entre los habitantes del campo, que eran agricultores o ganaderos. El era la "mente"; los camaradas, los "brazos". Aparecía con cierta frecuencia en un pueblo o en otro; entraba en los cafés o restaurantes, amable y correcto, pero con una afabilidad un tanto desafiante o socarrona... porque era consciente de que todos sospechaban que vivía del robo y de procedimientos ilícitos. Con todo, nadie, ni la policía, tenía una sola prueba que autorizara su detención. No vivía escondido, aunque a veces desaparecía por meses del lugar. En cambio sus secuaces vivían ocultos en los extensos e inexplorados bosques chaqueños, porque todos tenían alguna deuda pendiente con la justicia.

De repente, un grupo asaltaba a una familia, siempre en el campo, y cometía verdaderos actos de pillaje y violencia. A veces, si se resistían parecía que hallaban placer en dedicarse a la matanza.

Terminó la cena en casa de los Cavalieri. Las hijas mayores empezaron a despejar la mesa. A las que les tocaba "el turno", el padre les dijo: "Limpíen la cocina lo antes posible". Y a las demás: "Uds. ayuden a su madre a acostar las criaturas. Después pueden reunirse de nuevo aquí". No se hicieron repetir las órdenes. La madre acostó a los niños, les hizo decir sus oraciones y los despidió con el beso maternal. Los muchachos mayores ayudaron solícitos a sus hermanas en la cocina. . . Lo cierto es que bien pronto estuvieron de nuevo alrededor de la mesa, pero más cerca del asiento de "papá". Entonces, como si le costara un gran esfuerzo, el Sr. Cavalieri miró a su esposa y con voz ronca pronunció la frase lacónica y escalofriante: "La familia Fontaine fue asaltada anteanoche". Todos presentían que, si "papá" estaba tan serio, el asalto significaba algo más... Después de un momento de suspenso, la madre preguntó en voz queda y ansiosa: "¿Hubo... muertos?" Y la respuesta les hizo sentir a todos un frío que se deslizó por la espalda y los hizo temblar: "Todos fueron asesinados; sólo por un milagro de tenacidad, se salvó Marieta". Los Fontaine eran valdenses, de origen francés, y pertenecían a los antiguos colonizadores de la región. Vivían lejos de allí, tal vez a 20 leguas. La familia constaba de los padres, una hija viuda con una criatura de un año, otra hija, Marieta, de 16 años, y un varón de 12. Eran granjeros. Su situación económica era desahogada. Cuando el padre hacía una venta de cierta importancia, dejaba en la casa una suma más bien pequeña y viajaba al pueblo cercano para depositar la cantidad mayor en una casa de comercio de confianza. Sin duda los asaltantes tenían perfecto conocimiento de la venta realizada, pero no se enteraron a tiempo del viaje del Sr. Fontaine.

El Sr. Cavalieri, un poco más sereno, continuó relatándoles detalladamente la macabra tragedia: "De repente, después de cenar, se produjo inesperadamente el asalto. Eran cuatro hombres, armados de revólveres y facones, y cubiertos los rostros con pañuelos oscuros que les dejaban libres sólo los ojos. Se apoderaron del Sr. Fontaine y lo amarraron firmemente en una silla. Uno vigilaba afuera y tres 'trabajaban'. Le preguntaron al padre dónde tenía el dinero. El les indicó el lugar. Cuando vieron que la suma era mucho

menor de lo que esperaban, le dieron varios planazos con sus largos cuchillos e insistieron en su pregunta. Les explicó llanamente que siempre guardaba poco dinero en la casa. Entonces empezaron a revolver muebles, baúles, etc., en una búsqueda frenética de joyas y otros artículos valiosos. "Defraudados en sus esperanzas, empezó a dominarlos una rabia incontrolable, y golpearon a las mujeres y al muchacho, repitiendo: '¿Dónde tienen el dinero?' El padre, amarrado e impotente, no pudiendo soportar más la escena que presenciaba, les dijo: '¡Cobardes! Se ensañan con mujeres indefensas. Suéltense y peleen conmigo a mano limpia. Si me matan, por lo menos mostrarán que son hombres'. Por toda respuesta, uno se acercó a él y lo degolló. Como las pobres mujeres lloraran enloquecidas, los bandidos les dieron muerte a puñaladas, pero antes de hacerlo, primeramente decapitaron a la criaturita en presencia de los cuatro. Luego de cargar todo lo que les interesó, para asegurarse de que ninguno sobrevivía para poder delatarlos y describirlos, revisaron los cadáveres, encendiendo un fósforo y acercándolo a la nariz para comprobar si aún respiraban.

"A Marieta la 'mataron' en un rincón de la sala; pero no había muerto; con los ojos entrecerrados vio el procedimiento usado con los demás, de modo que cuando se acercaron a ella, contuvo la respiración durante la prueba y la dieron por muerta. Cuando se retiraron y reinó completo silencio -el terrífico silencio de la muerte de toda su familia-, Marieta fue arrastrándose penosamente hasta salir por una puerta trasera y, haciendo esfuerzos sobrehumanos y ayudándose con las manos y los pies, llegó al maizal. Allí, tomándose con una mano de las plantas, y con la otra oprimiéndose la herida que más sangraba, avanzó lentamente hasta llegar a la humilde casita de unos vecinos pobres pero agradecidos por la ayuda que la familia Fontaine continuamente les prestara. La atendieron lo mejor que pudieron para aliviar sus sufrimientos, y el dueño de casa, siempre ocultándose, logró llegar al pueblo, dar aviso de lo ocurrido y buscar al único médico de la villa".

El Sr. Cavalieri terminó diciendo: "Parece que a pesar de la pérdida de sangre y de sus muchas heridas, Marieta se salvará. La joven no pudo ayudar mucho a la policía: todos llevaban las caras cubiertas. Pero como es muy observadora, notó que el bandido que daba las órdenes era de gran estatura, y un detalle muy importante: le faltaba el meñique de la mano izquierda".

Todos habían escuchado casi sin respirar. Siguió un silencio doloroso... La madre se enjugaba silenciosamente las lágrimas. Por fin, viendo el padre a todos los hijos con los rostros demudados por el terror, les dijo: "No se gana nada con tener miedo. Quiero que todos mis hijos aprendan a ser valientes. Vivimos en un mundo de pecado y estos horrores pueden suceder en un lugar u otro. Lo importante es no perder la cabeza ni la serenidad en los momentos de peligro. Y ahora, vamos a tener nuestro culto". En silencio la hija mayor se dirigió a la biblioteca en busca de las Sagradas Escrituras... Vaciló un momento, y al fin preguntó:

-¿Los himnarios también? -Por supuesto -contestó el padre. Y con la mayor naturalidad, dijo-: Vamos a cantar el himno No. 255.

Los chicos buscaron en sus respectivos himnarios... "Castillo fuerte es nuestro Dios; defensa y buen escudo... " Primero con voces vacilantes, luego más firmes, entonaron ese himno de valor y de fe. Entonces, la madre abrió el sagrado libro y leyó el salmo 46: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones..." Luego todos se arrodillaron y el padre elevó una ferviente plegaria: encomendaba a todos los suyos a la protección del Todopoderoso, pedía más fe y valor, rogaba que Dios consolara a los afligidos y sobre todo a Marieta en su tremenda tragedia. Al fin pedía que Dios inundara de paz y confianza sus corazones.

¡Qué maravilloso! El temor desapareció de los rostros infantiles, y se fueron a dormir tranquilos y confiados. Por supuesto, no podemos garantizar que en los sueños de los niños, aquella noche no se entremezclara alguna pesadilla...

El párrafo que iniciamos ahora será un paréntesis en este relato, porque creemos que nuestros lectores querrán saber cuál fue el fin de Marieta. Una vez restablecida, gracias a su vigorosa constitución, retiró el dinero que su padre había ido acumulando en esa firma comercial, designó como apoderado a una persona de su entera confianza para que vendiera su casa y demás propiedades, y desapareció del lugar. Varios años después, en un viaje que el Sr. Cavalieri realizara por el río Paraná, el barco se detuvo en el pequeño puerto de un centro maderero. El Sr. Cavalieri, al igual que los demás pasajeros, se dirigió al único restaurante o posada del lugar, para servirse algún refresco. Lo atendió la dueña, una señora respetable y

pulcra. ¡Cuál no fue su sorpresa y alegría al reconocer en ella a Marieta! En el rostro agradable y serio, tenía una cicatriz de las muchas que recibiera aquella noche funesta que la dejó sin familia. Sin duda también habría cicatrices en su alma, pero con valor y serena resignación supo rehacer su vida. Conversaron un largo rato. Ella preguntó por las antiguas amistades, y él la puso al día. Pero ninguno aludió siquiera al trágico suceso.

Pasaron varias semanas desde la noche en que fue saqueada y asesinada la familia Fontaine. El horror que en los colonos causara la noticia, se había atenuado gradualmente. Pensaron que tal vez los "gauchos malos" se habían trasladado a otro lugar lejano, por temor a la policía. Pero una noche se repitió el asalto, y muy cerca de donde vivía la familia Cavalieri; sólo al otro lado del río. .. Ese río separaba dos zonas muy distintas. La zona poblada; los colonos no vivían distantes unos de otros. Además, allí tenían el "camino real" o carretera que unía Morón con la ciudad capital del departamento. La "mensajería" que trasladaba pasajeros, correspondencia y encomiendas de una población a otra pasaba por ese "camino real"

En dicha región estaba la "estancia" del Sr. Enrique Savarín, dueño de extensas propiedades y numeroso ganado. El Sr. Savarín residía en San Martín, capital del departamento; pero en la estancia vivía el administrador y su personal: mayordomo, capataces y peones. Los colonos eran mayormente agricultores y no había bosques densos en las cercanías. En una palabra, la civilización había comenzado hacía mucho tiempo en esa región. En cambio, el territorio que se extendía al este del río era despoblado y boscoso; y más allá de los bosques, hacia el oriente, empezaban los campos anegadizos, muy fértiles y apropiados para el pastoreo, cuando los afluentes del Paraná no se desbordaban. Sólo dos familias vivían en aquel entonces en esa inmensa región deshabitada, también propiedad del Sr. Savarín: los Cavalieri, casi diríamos en el centro del círculo formado por los bosques, y la familia del Sr. Isaías Ferrero, en el borde oriental de los mismos.

Los maleantes se estaban tornando muy audaces, al asaltar una casa de la zona poblada. Lo hicieron cuando reinaba la oscuridad y la familia estaba sentada a la mesa cenando. Procedieron en forma similar a la anterior: irrumpieron rápida y decididamente en la casa, amarraron al padre, al que sólo infligieron leves heridas y algunos golpes cuando quiso resistirse. El saqueo esta vez les reportó mayores ganancias: había una buena suma en la gaveta que les indicaron en respuesta a sus preguntas. Luego se dirigieron a la anciana madre del dueño de casa:

-Entrégnanos el dinero de hoy. -¿Qué dinero? -preguntó ella con expresión inocente.

Uno de ellos le dio una bofetada, increpándola:

-¡Vieja ladina! El dinero que te pagaron por los huevos que vendiste hoy.

Por lo visto, estaban bien informados. . . Temblando de susto y preguntándose si estos bandidos serían brujos, la anciana metió la mano en un profundo bolsillo que las aldeanas formaban en el interior de sus amplias faldas, extrajo un pañuelo en el que había atado su precioso tesoro, y se lo entregó.

Por último se dirigieron a la joven esposa:

-Abre ese baúl, y te diremos lo que nos irás entregando.

Contenía mayormente mantelería fina y otros primores de encajes, como también alhajas. Mientras les alcanzaba lo que iban indicando, con el mayor disimulo trató de ocultar entre la ropa una bolsita que contenía dinero, pero al instante recibió un planazo y, con voz ruda, uno le ordenó:

-Alcánzame esa bolsa, y es mejor que no trates de usar ninguna artimaña, porque allí en la cuna tienes una criatura. .. Supongo que prefieres que te la dejemos viva ¿no?

La pobre joven recordó la matanza de pocas semanas atrás, y dócilmente siguió las indicaciones que recibía. Se apoderaron de todos los objetos de valor que hallaron en los otros cuartos, y se retiraron obedeciendo las órdenes del jefe del grupo, el cual no participó activamente en el pillaje, sino que se mantuvo afuera vigilando. Fue evidente que los malhechores se abstuvieron de la violencia que los caracterizó la vez anterior. No sería raro que hubieran recibido una severa reprimenda del "jefe", quien, como persona inteligente y sagaz, se habría dado cuenta de cuán innecesaria fue aquella masacre que podría motivar una acción más enérgica de la policía.

La noticia de esta nueva fechoría se extendió como reguero de pólvora, y no sólo despertó otra vez la indignación de los colonos sino también su temor. ¡La osadía de esos cuatro asaltantes era inconcebible! Ahora no los contenía ni la relativa proximidad de los vecinos.

Cuando la Sra. de Cavalieri recibió la noticia, decidió visitar inmediatamente a la familia perjudicada. No podía remediar el daño, pero poseía un don especial para consolar y alentar a los afligidos. Les llevó un humilde presente. Así también lo hicieron todos los vecinos al visitarlos, no porque pensarán que sus obsequios repondrían las pérdidas sufridas, sino porque esa gente sencilla y sincera demostraba de ese modo su simpatía y solidaridad.

Ahora la situación de la familia Cavalieri no podía ser más peligrosa y desesperante. Para comprender el porqué de ello, y los hechos que ocurrieron después, se hace necesaria una breve descripción.

El Sr. Cavalieri administraba todas las posesiones del Sr. Enrique Savarín en la región oriental del río. Ya describimos sucintamente las características de aquella región. La propiedad del millonario, en cuanto a territorio, era inmensa, y su ganado, en especial el vacuno, se contaba por miles. Como el Sr. Cavalieri también se llamaba Enrique, sus amigos, por broma, solían llamarlo "don Enrique el pobre", como antítesis de su tocayo.

Los Cavalieri tenían su casa en una hermosa colina, fértil y pintoresca. Los bosques formaban dos semicírculos alrededor de la colina. Una de las aberturas naturales había originado el camino que, partiendo de la casa de los Cavalieri, llegaba hasta el río y, cruzando éste, hasta la carretera y la zona colonizada. El otro camino seguía la dirección opuesta, hacia la otra abertura natural. Allí estaba la casa de la familia Ferrero. Luego el camino seguía hasta Morón.

Estas dos familias eran los únicos pobladores de esa extensa región, y estaban separadas por una legua de distancia.

A los dos jefes de familia los ligaba una sólida amistad, nacida sin duda de las vicisitudes y riesgos que les tocaba afrontar, propios de los pioneros. Ambos eran hombres de recia constitución y fibra moral; amistosos rivales como diestros enlazadores, jinetes, nadadores y de admirable puntería con cualquier arma de fuego.

Las responsabilidades del Sr. Cavalieri en ese territorio inhóspito y salvaje requerían mucho empeño y dedicación. Desde temprano por la mañana hasta el anochecer, recorría la propiedad en compañía del "puestero" que vivía en los anegadizos campos de pastoreo, y del único peón a sueldo que éste podía pagar. Al mismo tiempo luchaba para lograr que paulatinamente penetrara también allí la civilización: había alambrado los campos, y abierto senderos en los bosques para aumentar los caminos transitables, limpios de maleza. Sembró el campo que circundaba su casa, y saneó el ganado. En todo lo secundaba don Isaías, quien, como típico descendiente de los gauchos, sólo aspiraba a una vida libre de penurias; por eso poseía unos pocos animales y una minúscula chacrita. Cuando había "yerra" o marcación de los animales, o para los rodeos que se efectuaban con bastante frecuencia con distintos fines -uno de los cuales era separar las reses para la venta-, don Enrique conataba personal extra para la ocasión.

Y justamente pocos días antes de este segundo saqueo, don Enrique había vendido una buena partida y aún tenía en su casa la suma recibida por la venta.

Cuando la Sra. de Cavalieri regresó de su visita a la familia perjudicada, ella y su esposo mantuvieron una seria conversación. Como dijimos, don Isaías colaboraba, por amistad y por afición, en todas las arduas actividades de don Enrique. Pero debemos aclarar que la mejor colaboradora de éste era, en todo sentido, su esposa. Ágil, industriosa, de una actividad incansable, dominaba el arte de transformar una humilde vivienda en un hogar agradable, no sólo por el buen gusto que manifestaba en el arreglo del interior de la casa sino por el jardín de flores con que la rodeaba. Hacía sin embargo mucho más que esto. Mientras su esposo atendía las tareas mayores, ella, en cambio, tenía sus pequeñas "industrias": huerta, criadero de gallinas, fabricación de queso y mantequilla, cuidado de los árboles frutales y el parral. Y los productos de esas industrias caseras, los canjeaba en Morón por ropa, comestibles y otros artículos.

Criada y educada en una gran ciudad, supo adaptarse a la ruda vida del campo, sin perder la delicadeza de sus modales. Pequeña de estatura, con grandes ojos excepcionalmente dulces y expresivos, y con su lenguaje culto, exento de pedantería, nadie hubiera sospechado, al tratarla por primera vez, que poseía una voluntad de hierro y un valor rayano en la temeridad. Además tenía una gran inteligencia, diríamos casi clarividente. Tal vez era intuición femenina en grado superlativo. Lo cierto es que don Enrique confiaba

mucho en las opiniones y el criterio de su compañera. Después de aquella conversación, el Sr. Cavalieri hizo ensillar inmediatamente su mejor caballo de montar y se preparó para viajar. Ante la natural curiosidad de los hijos, la madre sólo explicó:

-Papá tiene que ir a Morón y de allí a San Martín. Y no lo comenten con nadie. ¿Han oído?

Efectivamente, sin pérdida de tiempo don Enrique se dirigió a Morón y en la firma comercial de su confianza depositó, como de costumbre, la suma que a él le correspondía por la venta de los animales. Allí dejó su caballo, tomó la diligencia y viajó a San Martín para entregar al Sr. Savarín la suma "gruesa" que le pertenecía.

Y un día, alrededor de las 10 de la mañana, durante la ausencia del Sr. Cavalieri, la esposa vio que, por el camino del oeste, se dirigían a su casa cuatro jinetes. Inmediatamente reunió a los hijos mayores y les explicó breve y llanamente la situación:

-Escuchen bien: esos cuatro hombres pueden ser los malhechores que llevaron a cabo los dos asaltos que Uds. perder la cabeza. Tú -dirigiéndose al mayor, de 11 años montarás el poney, y sin apuro, como algo natural, te dirigirás a la casa de don Isaías para avisarle, y harás lo que él te indique. Uds. dos -a las dos hijas mayores, de 8 y 7 años-tomen a sus hermanitos y los llevan al bosque, por la puerta de atrás, entre la quinta y el maizal; lleven pan, maní, queso, leche yagua, y la mamadera del bebé. No permitan que ninguno salga del "monte", y no regresen hasta que les mande aviso. Tú, la mayor, serás la responsable de todos. Y tú -al segundo varón, de 9 años-te quedarás conmigo. Ahora vamos a orar juntos, y luego, cada uno a cumplir con las órdenes recibidas.

Todo se realizó de acuerdo con las instrucciones de la madre. Cuando quedó sola con el "hombrecito" de 9 años, se arrodillaron nuevamente para invocar la protección de Dios, le dio al chico específicas explicaciones del papel que le tocaría desempeñar, y luego abrió de par en par las puertas y ventanas de todas las habitaciones, justo a tiempo, porque los cuatro individuos ya llegaban. La Sra. de Cavalieri salió, los saludó con su habitual cortesía y les preguntó en qué podía serles útil. Tan inusitada serenidad los desconcertó; eso se notó hasta en el cambio del tono con que siguió hablando el que dirigía al grupo. Amablemente explicó que estaban en viaje a una provincia vecina y no sabían qué camino les convenía seguir; que se hallaban, en realidad, un poco desorientados. La señora le dio las indicaciones solicitadas, como si creyera a ciegas en sus palabras. El hombre agradeció y preguntó si les permitiría desensillar un rato para que descansaran los caballos.

-¡Cómo no! Pasen al galpón y desensillen; pueden darles agua aquí en el bebedero. Enviaré al chico, que les entregue alfalfa o maíz, para darles de comer.

Mientras tanto la señora notó que los animales no mostraban indicio de cansancio: estaban frescos y briosos...

Los hombres agradecieron y pasaron al galpón. Y el varoncito empezó a desempeñar su papel. .. Bien sabía la inteligente madre que los malevos se valdrían de la "inocencia" del niño para indagar todo lo que les convenía saber; pero ignoraban cuán bien instruido estaba el chico:

-No les digas nada que no te pregunten, pero todas sus preguntas contéstalas diciendo la verdad: que tu padre sí vendió animales, que viajó a San Martín para entregarle a su "patrón" el dinero de la venta. Si lo vieron a tu hermano y preguntan adónde fue, diles que "a cumplir algunas diligencias"; y con mucho disimulo fíjate si al hombre más alto le falta el dedo chico en la mano izquierda.

Todo se desarrolló como ella previó. Después de alimentar a los caballos, encendieron un fuego delante del galpón para "prepararse algo que comer", e invitaron al chico y le insistieron que fuera a comer con ellos un pedazo de asado cuando estuviera listo. Mientras tanto nuestro "hombrecito" anduvo merodeando alrededor de ellos, como todo niño curioso de 9 años. A los pocos momentos, uno se acercó a la casa y le pidió a la "patrona" si no quería venderles un queso. Ella le hizo elegir uno y se lo regaló.

Después de un rato vino otro a comprar un pan. La señora le regaló también el pan. El tercero se acercó pidiendo un poco de azúcar para el mate. .. Cada uno miraba con bastante indiscreción el interior de la casa... Por cuarta vez se acercó el "jefe" para pedirle a la "patrona" que les concediera el gusto de que el chico fuera a comer con ellos porque les había resultado "por demás simpático". Ella accedió, agradeciendo la amable atención hacia su hijo. Y mientras comían, fue desarrollándose, sin apuro, con las pausas propias de los gauchos, el diálogo previsto.

-¿y dónde está tu "tata"? ¿En el campo?

-No, señor, se fue a San Martín.

-¡Ajá! Larguito el viaje ¿no? ¿Se fue a caballo?

-No, señor, en la "mensajería".

-¿No vende animales tu "tata"?

-Sí, hace pocos días vendió unos cuantitos.

-Así que Uds. estarán platudos ahora, ¿no?

-No señor; papá fue a San Martín para entregarle a su "patrón" el dinero de la venta

-¡Qué barbaridad! ¿Y él se quedó peladito después de trabajar tanto?

-No; el dinero que le tocó a él lo depositó en una casa de negocios de Morón, antes de seguir viaje a San Martín.

-¡Ajá! . . . Cuando veníamos vimos un muchacho que se alejaba a caballo. ¿Es algún amigo o pariente tuyo?

-Sí, señor; es mi hermano; él tiene algunas diligencias que cumplir cuando se ausenta mi papá.

-y cuando se va tu "tata" ¿quedan solitos en la casa?

-Sí, señor; no tenemos miedo; primero, porque confiamos en Dios; y segundo porque somos pobres y tenemos solamente lo indispensable para vivir.

Cuando el niño terminó de comer, agradeció cortésmente "el asado que estaba muy sabroso", y luego dijo:

-Con el permiso de Uds. iré a ver si mamá me necesita para algo. Cuando se encontró con su madre, le contó rápidamente la conversación, y añadió:

-Mamá, al hombre que me hacía las preguntas le falta el dedo chico de la mano izquierda! ¡Son ellos, mamá! Ahora la Sra. de Cavalieri también sabía que eran ellos; pero besó a su hijo, diciéndole:

-No tengas miedo. Nada nos ocurrirá. Ahora ve al pozo y tráeme un balde de agua.

A eso de las cuatro de la tarde, los hombres ensillaron sus cabalgaduras, se despidieron de la "patrona" agradeciéndole sus atenciones, y lentamente se encaminaron al bosque, hacia el este.

Mientras en la casa, la madre y el niño soportaban todas esas horas de nerviosismo y ansiedad, ¿qué ocurría con el grupo infantil escondido en el bosque? Al principio todos los pequeños se portaron a las mil maravillas, en gran parte por el miedo, y un poco por la novedad, porque eso se parecía a un picnic; pero cuando las horas se fueron alargando y el cansancio y el sueño pusieron de mal humor a los menores, y los tábanos y mosquitos los molestaban sin tregua, se tornaron muy fastidiosos y lloraban por "volver a casa". Entonces las dos mayores tenían que asustarlos de nuevo:

-¿Quieren que los agarren los "gauchos malos"?

O amenazarlos:

-Mamá les dará una soberana paliza si no obedecen. Ella dijo que no asomáramos la cabeza fuera del "monte" hasta que nos avisara por medio de Beto. Y así se hará.

Por fin, a la tardecita, llegó Beto con la noticia de que "podían volver a casa", pero, "por el maizal y luego entre los árboles frutales". Y pueden estar seguros de que no se hicieron rogar... También el hermano mayor llegó al anochecer. ¿Qué había ocurrido? Don Isaías estaba ausente, y las mujeres de la casa creyeron prudente que no regresara, pues podía complicar la situación. Cuando vieron que los hombres desaparecieron en otro sector del bosque, le permitieron volver.

Los hijos mayores, ya avezados a las vicisitudes y peligros de esa clase de vida, le expresaron a la madre sus opiniones:

-Mamá, ellos han estudiado todos los rincones de la casa y sus alrededores. .. Sin duda esta noche van a realizar el asalto.

-Sí, ésa puede ser su intención, aunque opino que la conversación con Beto los ha convencido de que no vale la pena. De todos modos, hijos míos, con estar asustados no van a impedir los acontecimientos. Así que ahora vamos a cenar. Después de la cena se reunieron para el culto vespertino. Cantaron como de costumbre, leyeron una porción de las Sagradas Escrituras y la madre elevó una fervorosa plegaria encomendando la familia al Todopoderoso. Los envió temprano a la cama y les recomendó que durmieran tranquilos. Los dos varones tenían más confianza en la fe de la madre que en la fe de ellos en Dios. Antes de dormir, comentaron en voz baja:

-En realidad no debemos estar asustados. Claro que Dios puede protegernos. .. Además, tenemos seis perrosj y bien bravos que son!

Nadie los atacó esa noche, ni en las siguientes. Y de ese grupo de cuatro maleantes no se volvió a tener noticias.

Al poco tiempo hubo un nuevo jefe de policía muy valiente, y decidido a terminar con esa ola de horrores. Y siguieron varios años de paz y tranquilidad en la comarca.